

LA IGLESIA EN BRASIL EN LOS AÑOS TREINTA:  
DEL ANTI-LIBERALISMO A LA DEFENSA  
DE LA DEMOCRACIA

POR

CARLOS SIXIREI PAREDES

*Universidad de Vigo*

**RESUMEN**

Se analiza el esfuerzo de la Iglesia católica por aprovechar al Revolución de 1930 para dar un tono más cristiano al estado Novo. Destaca la labor del cardenal Leme y de los órganos de prensa católicos Vozes y A Ordem. Sin embargo, el resultado no permitió la hegemonía de la Iglesia que tuvo que competir con el Estado corporativo. Se precisan las diversas posturas políticas de los católicos, desde los partidos fascistas como el Integralismo a los de izquierda pasando por el desarrollo de los sindicatos católicos y la Acción Católica. Se destaca la influencia intelectual de Amoroso Lima.

**PALABRAS CLAVE:** Alceu Amoroso Lima, A Ordem, Sebastián Leme, Getulio Vargas. Fascismo, Brasil, Estado Novo, Iglesia católica.

**ABSTRACT**

This work analyzes the effort of the catholic Church to take advantage of the Revolution of 1930 to cristianize the Estado Novo. The A. emphasizes the work of Cardinal Leme and the catholic journals Vozes and To Ordem. Nevertheless, the result did not allow the hegemony of the Church that it had to compete with the corporative State. The study explain the diverse political positions in the the catholic world, from the facist parties like the Integralismo to the left parties along with the development of the catholic unions and the Catholic Action. The intellectual influence of Amoroso Lima stands out in the period.

**KEY WORDS:** Alceu Amoroso Lima, A Ordem, Sebastián Leme, Getulio Vargas, Fascism, Brasil, Estado Novo, Catholic Church.

Actas del I Congreso de Historia de la Iglesia y el Mundo Hispánico  
Hispania Sacra 53 (2001)

## INTRODUCCIÓN

La caída de la monarquía Braganza en 1889, resultó, paradójicamente, una bendición para la Iglesia Católica en Brasil. Durante el largo reinado del Emperador D. Pedro II, la institución eclesiástica había arrastrado una vida lánguida. El monarca, que era escéptico en materia religiosa, estaba celoso de sus prerrogativas. Aceptaba su papel de jefe de la Iglesia en Brasil como una más de sus funciones pero sin demostrar ningún entusiasmo. La religión se concebía como un dique para frenar desórdenes sociales y políticos y como garantía del orden social en beneficio de las clases terratenientes dominantes. Todo lo que no fuese esa misión se consideraba ingerencia intolerable en el área específica del poder temporal. Desde Roma tampoco se hizo gran cosa para que la situación mejorase. Los papas estaban más preocupados por el irresistible movimiento en pro de la unidad italiana que por lo que ocurría en las lejanas tierras tropicales y un regimiento de húsares enviado por Napoleón III despertaba más interés en la Curia Vaticana que todos los abusos que pudieran producirse del otro lado del Atlántico. El resultado fue que en los casi sesenta años de gobierno de Pedro II solo se crearon tres nuevos obispados en Brasil, y los tres en los primeros tres quinquenios del reinado. Sin contar el veto imperial a la publicación de la encíclica *Quanta Cura* y su famoso anexo el *Syllabus* o el encarcelamiento de obispos cuando entraron en conflicto con el poder político.

La República fue obra de militares y de políticos de formación positivista lo que se tradujo en la separación de la Iglesia y el Estado en la Constitución de 1891. La jerarquía católica saludó calurosamente su liberación del poder político, pero toda libertad tiene un precio y fue éste la desaparición de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas lo que limitaba fuertemente la capacidad de proselitismo y formación de los católicos. Además la Hacienda Pública dejaba de hacerse cargo del mantenimiento económico del clero y las subvenciones a hospitales, asilos y orfanatos deberían ser aprobadas anualmente en el Parlamento con lo que los recursos económicos de la Iglesia se veían muy debilitados.

La jerarquía católica entendió estas limitaciones como amenazas y pasó a la ofensiva en los planos doctrinal, político y organizativo poniendo las bases para la reconstrucción institucional y estableciendo las líneas de lo que sería su posterior desarrollo a lo largo de la primera mitad del S. XX.

La pastoral colectiva de 1890 expresaba la neutralidad de la Iglesia frente a los regímenes políticos lo que le permitía asumir la República sin mayores reservas aunque reclamando como contrapartida la buena voluntad de los poderes públicos. Se aceptaba la separación de la Iglesia y el Estado siempre y cuando esa separación no significara hostilidad. El episcopado, sin embargo,

era consciente de su debilidad en aquel momento. En total había en 1890 solo 12 diócesis, la mayor parte de las cuales estaban situadas en las ciudades del litoral. El clero secular no llegaba al millar de miembros. En la misma época un país no católico como Estados Unidos contaba con 84 diócesis y más de 8.000 sacerdotes. Las órdenes religiosas eran pocas y con un número reducido de miembros. Los benedictinos tenían 40 monjes repartidos en 11 monasterios. Los conventos franciscanos estaban casi despoblados y los jesuitas no tenían más que dos colegios. De las siete órdenes femeninas, seis eran contemplativas y solo las Hermanas de San Vicente de Paúl desempeñaban labores sociales. No había ni una sola dedicada a la enseñanza de muchachas.

En los diez años siguientes a la proclamación de la República se crearon cinco diócesis más, se dividió el país en dos provincias eclesiásticas y se instalaron nuevas órdenes. Los jesuitas vieron reforzados sus efectivos y entraron nuevamente en la Amazonia de donde habían sido expulsados en el S. XVIII. En 1901 ascendió de categoría la representación diplomática vaticana al pasar el internuncio a nuncio lo que no dejaba de ser una distinción importante en una época en la que las Embajadas eran bastante raras predominando las Legaciones. En 1905, el Arzobispo Arcoverde, de Rio de Janeiro, recibía el capelo cardenalicio, siendo el primer latinoamericano elevado a esta dignidad.

La política que llevó a cabo la Iglesia brasileña en los decenios siguientes se centró más en la propaganda y en la defensa de los derechos de los católicos que en la expansión de la fe. El redentorista Júlio María, el primer brasileño que profesó en esta orden y uno de los clérigos más influyentes de su época, se dedicó a la tarea propagandística con gran ardor entre 1891 y 1895. Su objetivo fue movilizar a la intelectualidad, las clases medias y los sectores oligárquicos afines al catolicismo para combatir las doctrinas positivistas. Sin embargo la jerarquía era consciente de su debilidad y buscó apoyo en el poder político el cual resultó sensible a una alianza que le concedía legitimidad frente a los monárquicos. Esta estrategia comenzará a concretarse en 1916 cuando se publica la Carta Pastoral del Arzobispo de Olinda, Sebastián Leme, futuro Cardenal de Rio. La Carta destacaba la paradoja de que, mientras que la mayor parte de la población del Brasil se declaraba católica, la influencia de la Iglesia en las masas era mínima, especialmente entre las élites intelectuales más atraídas por el materialismo y el agnosticismo. Las soluciones que se apuntaban consistían en reforzar la enseñanza religiosa, participar en el poder civil e instrumentalizar sus recursos para difundir la religión. Como apunta Mutchler<sup>1</sup> lo que hacía Leme era defender una estrategia de grupo de presión.

---

<sup>1</sup> D. MUTCHLER, *The Church as a Political Factor in Latin America*. Praeger, N. Y., 1971.

La estrategia funcionó parcialmente. En los 20 años siguientes el número de parroquias aumentó en un 50%, el número de servicios religiosos casi se triplicó y el de diócesis y jurisdicciones creció en un 400%. Hubo un incremento considerable de matrículas en las escuelas y colegios de la Iglesia a lo que contribuyó la llegada de órdenes especializadas como lasalianos, maristas, paúles, salesianos etc. Los hijos e hijas de la burguesía acudían a estos centros. Los jesuitas, lazaristas y maristas en los colegios masculinos y las Hermanas del Sagrado Corazón y de Nuestra Señora de Sion, en los femeninos poseían los centros de más prestigio social y educativo. Las organizaciones laicas crecieron y se movilizaron especialmente a través de la Acción Católica<sup>2</sup>.

El traslado de Sebastián Leme para la sede de Rio de Janeiro en 1921 dio un nuevo dinamismo al trabajo de la Iglesia. Al amparo del nuevo jerarca se crearon instituciones como los Círculos Operarios para penetrar en el medio laboral y el Centro Dom Vital que editaba anualmente la revista «A Ordem», órgano semi-oficial del arzobispado carioca y del núcleo de la «intelligentsia» católica local. En los años 20 el Centro y la revista estuvieron fuertemente influenciados por las corrientes del catolicismo de derechas procedentes de Europa. Jackson de Figueiredo, director del Centro y de «A Ordem», fue el más destacado y contumaz representante en Brasil del pensamiento y la obra de Charles Maurras. Prefería la más inícua injusticia al menor desorden por eso no vaciló en defender pública y ardorosamente la censura de prensa que el Presidente Artur Bernardes implantó en el país entre 1922 y 1924. Enemigo declarado del «tenentismo» lo atacó implacablemente por lo que este movimiento militar tenía de «democrático» y «revolucionario». En 1922 escribía al respecto:

«Nadie de buena fe puede decir que los procesos democráticos, en cualquier país occidental, hayan sido hasta ahora agentes de paz y seguridad social. Quien lo diga miente por el gusto de mentir o se autoengaña por el desconocimiento absoluto de la vida política universal desde la Revolución Francesa hasta hoy. La inquietud, cuando no la lucha social más desabrida, han sido el pan de cada día de todos los pueblos arrastrados por el tifón revolucionario a esta poco protegida llanura batida por los vientos de los más contrarios ideales... La revolución es el suicidio o, por lo menos, el intento de suicidio de los pueblos. Es la prueba de la falta de inteligencia y firmeza en la resolución de las dificultades que la vida presenta, no solo a los individuos, sino también a las naciones... La revolución nos debe ser tan odiosa que, en palabras de José de Maistre, no es la contrarrevolución lo que se debe hacer, sino lo contrario a la Revolución»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> M. MOREIRA ALVES, *A Igreja e a política no Brasil*. Ed. Brasiliense, São Paulo, 1979.

<sup>3</sup> J. FIGUEIREDO, *Contra a demagogia e a anarquia militar*. Citado por L. W. VITA, *Antologia do Pensamento Social e Político no Brasil*. Ed. Grijalbo, São Paulo, 1968.

## EL GIRO DE LOS AÑOS TREINTA

En 1928 muere Jackson de Figueiredo. Este hecho marca el comienzo de una evolución de la Iglesia hacia posiciones menos militantes aunque todavía muy conservadoras. El cambio lo protagonizarán el nuevo director de «A Ordem» y del Centro Dom Vital, Alceu de Amoroso Lima y, sobre todo, la revista jesuítica «Vozes de Petrópolis», de gran circulación e influencia entre las órdenes religiosas no controladas directamente por la jerarquía.

Amoroso Lima, también conocido por su seudónimo literario de Tritão de Ataíde, es una de las mayores figuras intelectuales del Brasil de estos años. Pertenece por edad e inclinaciones a la generación de escritores nacida entre 1893 y 1908 en la que se encuadran destacadísimas figuras de la cultura brasileña como Cecilia Meireles, Gilberto Freyre, Mário de Andrade, Alcântara Machado o Cassiano Ricardo<sup>4</sup>. Muy pronto se convirtió en el líder indiscutible de la intelectualidad católica ejerciendo una influencia literaria política y religiosa difícilmente igualada por ningún otro en su país en aquellos momentos y, cabe añadir, que en los posteriores. Sus obras completas, acabadas de editar en los años 80, ascienden a 50 volúmenes.

La Revolución de 1930 que supuso el final de la República oligárquica, fue acogida por la Iglesia con gran prudencia. Aunque surgieron voces aisladas en su seno que iban desde el apoyo entusiasta manifestado por el Arzobispo de Porto Alegre (no en vano el núcleo revolucionario básico estaba en Rio Grande do Sul) hasta los llamamientos a favor de la libertad y la justicia, aunque en tonos conservadores, que se hacían desde las páginas de «Vozes». Hubo también silencios muy elocuentes como el protagonizado por el propio Cardenal Leme, quien acompañó en su salida al exilio al ya exPresidente Washington Luiz lo que no era impedimento para que mantuviera estrechas relaciones personales con el nuevo Jefe del Estado y caudillo de la triunfante revolución, Getúlio Vargas. De hecho Leme pasó a convertirse en el «Capellán del Régimen» como le llamó acertadamente el politólogo Paulo Sérgio Pinheiro<sup>5</sup>. Fue esta amistad personal entre ambas figuras lo que ayudó a que la Iglesia se insertara en la nueva estructura política nacida de la Revolución sin mayores tensiones. Los vientos corporativos que soplaban y a los que la Iglesia era muy receptiva, proporcionaron el terreno común para una estrecha colaboración.

A fines de 1931 una pastoral de Leme inicia la campaña católica para erradicar los restos de positivismo y laicismo que aún se mantenían en la política nacional:

<sup>4</sup> A. L., MACHADO NETO, *Estrutura social da República das Letras. Sociologia da Vida Intelectual Brasileira, 1870-1930*. EDUSP, São Paulo, 1973.

<sup>5</sup> P. S. PINHEIRO, *Anos de Crise*. Artículo publicado en la revista IstoÉ, São Paulo, 2-VII-1980.

«Abolido el pacto fundamental, fue y continúa la nación entregada al poder discrecional de un Gobierno Provisional... Lejos de nosotros el deplorar que fuese abolida una Constitución que, aunque tuviese saludables principios, no dejó de ser una afrenta a Dios y a la Patria: A Dios porque fue el decreto de su supresión sumaria del seno de una nación católica, y a la Patria porque sin consultar a su alma y a su sentimiento, se le aplicó como un figurín de moda exótica y contrahecha... Con todo, si fue un bien abolir la Constitución, no es un bien, sino un gran mal, que permanezca el país sin ley constitucional. Una República sin Constitución es siempre comparable a un cuerpo en el que se debilitaron los principios de la vitalidad orgánica, con peligro de descomponerse y disolverse»

La campaña continuó machaconamente en los meses siguientes a través de «Vozes» y «A Ordem», de las organizaciones diocesanas y de los púlpitos. «A Ordem», fiel a sus principios extremadamente conservadores, fue la que publicó más radicales artículos en pro de una Constitución de inspiración cristiana:

«La revolución que estamos sufriendo no es obra de gobiernos nefastos ni de oposiciones extremistas. Es obra de una Constitución sin Dios, de una Escuela sin Dios, de una Familia sin Dios y de una conciencia sin Dios. Restituir la Ley de Dios, de Cristo, de la Iglesia a la Constitución, a la Escuela, a la Familia y a las conciencias es el único camino para la Paz»<sup>6</sup>.

La campaña tuvo un gran éxito. La Constitución de 1934 tenía esta frase inicial: «Nosotros, los representantes del Pueblo Brasileño, poniendo nuestra confianza en Dios...».

No fue esta invocación el único logro. Hubo otros dos más importantes y decisivos: El reconocimiento del matrimonio religioso por la ley civil y la pluralidad sindical. Este último aspecto satisfacía plenamente las demandas del movimiento obrero católico, muy preocupado por la implantación de un sindicato único tal y como se desprendía del espíritu de las primeras leyes laborales aprobadas por el Gobierno Provisional.

No dejaba de resultar paradójica la postura pluralista de la Iglesia en el terreno del sindicalismo cuando había un fuerte rechazo hacia el conjunto del orden liberal y solo puede explicarse como una maniobra táctica en la estrategia general que perseguía la implantación de un régimen autoritario. La Iglesia que contaba con un fuerte movimiento de apostolado: La Acción Católica, un partido político propio: La Liga Electoral Católica y un núcleo de brillantes y combativos intelectuales, veía en peligro el control de las clases trabajadoras, al que aspiraba, por el monopolio sindical con que amenazaba el Estado. Y así, como señala Werneck Vianna, los católicos desde un discurso anti-liberal y en nombre de un orden integrista que unía lo humano con lo divino a través de las

<sup>6</sup> Citado por P. J. KRICHKE, *O Nacionalismo e a Igreja Católica: A Preparação para a Democracia no Brasil (1930 -1945)*. Revista de Cultura Contemporânea, Rio de Janeiro, Nº 2, 1979.

corporaciones, se opusieron victoriosamente a una estructuración corporativista diseñada por el Estado<sup>7</sup>.

Todo este proyecto se confrontaba con una fatal realidad: Por más que la Iglesia se hubiera rearmado organizativa y doctrinalmente, carecía de fuerza para imponerlo a la sociedad por lo que a lo único que contribuyeron sus planteamientos fue a proporcionar la oportunidad para un corporativismo secular abriendo el camino a un Estado autoritario que, aunque en buenas relaciones con la Iglesia, sepultó sus pretensiones hegemónicas.

El apoyo a un régimen corporativista se precipitó por la creciente conflictividad social que hizo surgir el temor a una revolución comunista. Muchos sectores católicos, entre ellos numerosos miembros del clero y algunos obispos, pasaron a apoyar el naciente movimiento fascista brasileño la «Ação Integralista Brasileira» (AIB) que, además de erigirse en baluarte contra la supuesta marea roja y mantener un discurso radicalmente anti-liberal, decía inspirarse en la doctrina social de la Iglesia. «A Ordem» fue la revista católica que prestó más atención a este grupo durante su periodo germinal debido, no solo porque coincidía con sus planteamientos «espiritualistas» y su sentido «heroico» de la vida, sino porque en esos momentos la AIB no se presentaba como un Partido sino como un movimiento de renovación nacional que defendía la instauración de un nuevo orden social-cristiano inspirado en las doctrinas de Pio XI.

No fue, obviamente, el camino del fascismo el único que se abría a la militancia política de los católicos. Se sabe de afiliados a Acción Católica que colaboraban activamente con la «Aliança Nacional Libertadora» (ANL) la gran coalición de centro-izquierda en el estilo de los Frentes Populares europeos y que «Vozes» publicó numerosos artículos contra el fascismo y fuertes críticas a la participación de católicos en la AIB. Curiosamente, en esa línea se manifestó el más destacado representante del ala conservadora de la jerarquía católica brasileña, Monseñor João Becker, Arzobispo de Porto Alegre en Carta Pastoral dirigida a sus fieles en 1935:

«No hay necesidad alguna de propagar nuevas ideas en el sentido de substituir el régimen republicano actual por el Integralismo (se refiere a la AIB), régimen de índole tan diversa, ya que la concepción totalitaria del Estado, junto a ventajas indudables, ofrece graves peligros para la organización normal de la sociedad y los derechos inalienables del hombre»<sup>8</sup>.

Esta opinión asume una dimensión singular de autoridad. El conservadurismo de Becker no le impidió ser una de las escasas voces del episcopado

<sup>7</sup> L. WERNECK VIANNA, *Liberalismo e Sindicato no Brasil*. Ed. Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1978.

<sup>8</sup> Citado por O. FIGUEIREDO LUSTOSA, *A Igreja e o Integralismo no Brasil, 1932-1939*. Revista de História, Universidade de São Paulo, N° 108, Outubro-Dezembro, 1976.

brasileño que se alzó en diversas ocasiones para dar respuesta a problemas políticos, sociales y económicos. A pesar de sus simpatías nunca ocultadas por el avance del nazismo en Alemania, su patria de origen, fue hostil al fascismo de la AIB lo que llegó a irritar profundamente a su líder Plínio Salgado quien llegó a declarar a la revista del partido «O Legionário»:

«No tengo la culpa de que el Arzobispo de Porto Alegre sea partidario de J. J. Rousseau»

Otros pastores no disfrazaron sus inclinaciones por el integralismo y sus pareceres entusiastas aparecieron publicados en 1936 en un opúsculo titulado «Valiosas opiniones sobre el Integralismo expresadas por los Señores Obispos» que circuló ampliamente por el país. El Arzobispo de Cuiabá no se recataba de afirmar:

«Son conocidas mis simpatías para con la doctrina integralista en la que nada vemos que pueda impedir a un católico abrazarla»

De hecho en la Cámara de los Cuatrocientos, máxima asamblea de la AIB, había 7 sacerdotes de los cuales, uno de ellos, el P. Leopoldo Ayras, llegó a escribir una «Carta abierta a los sacerdotes de mi Patria» animándoles a vestir la camisa verde con que desfilaban uniformados los integralistas. El Cardenal Leme, sin embargo, actuó con prudencia y puso todo su empeño en evitar que la Acción Católica se acercara al integralismo con respecto al cual marcó distancias expresadas a través de su portavoz oficioso, Amoroso Lima, en la revista «A Ordem»:

«Entre el Catolicismo y el Integralismo hay divergencias doctrinarias como la hipertrofia del Estado, metodológicas como el empleo de la violencia y morales como el Juramento al Jefe Nacional»

Si bien la Iglesia no se dejó envolver en las trampas seductoras que los integralistas armaron en todos los aspectos, no tuvo reparos en dar un apoyo crítico al Estado Novo nacido del autogolpe protagonizado por Vargas en 1937. De hecho su influencia sobre las clases medias y el atractivo de un discurso social-cristiano propiciado por la jerarquía, sirvió para movilizar e incorporar a los nuevos sectores sociales al pacto social que defendía el populismo varguista. Y ello benefició a la Iglesia.

Un claro indicador de esta beneficiosa influencia fue el desarrollo de los «Círculos Operários», sindicato católico creado por el jesuita Leopoldo Bren-

tano que celebró su congreso fundacional en 1935. Si en el año de su nacimiento había 18 círculos con 14.000 obreros afiliados, en 1937 se pasara a 34 círculos con 31.000 miembros. Este crecimiento veloz llevó a que en ese mismo año naciera la Confederación Nacional de Círculos Obreros que, en 1941, un decreto federal reconoció como órgano técnico y de consulta del Ministerio de Trabajo, al margen de la estructura sindical corporativa controlada desde el Gobierno lo que colocaba a los Círculos en una situación privilegiada al ser la única organización obrera que gozaba de relativa independencia. Esta circunstancia favoreció su crecimiento. En 1942 se había pasado a 142 círculos con 150.000 afiliados y en 1945 a 200 círculos y 200.000 afiliados. A estas alturas la Confederación era ya una de las mayores organizaciones sindicales del país.

Confederación y Gobierno se apoyaron mutuamente. Los Círculos daban su aprobación (y la jerarquía su bendición) a la política económica y social del varguismo mientras que el Boletín del Ministerio de Trabajo abría sus páginas a las encíclicas y pastorales de carácter social (la encíclica Divina Redemptoris completa, por ejemplo) hasta el punto que más que una publicación gubernamental parecía, por momentos, la Hoja Diocesana de Rio de Janeiro.

Tanto los Círculos como Acción Católica proporcionaron al régimen figuras importantes de la política estadonovista. Así Luiz Augusto de Rego Monteiro, congregante mariano y organizador del sistema sindical corporativo entre 1938 y 1940; Waldemar Falcão, procedente de Acción Católica y Ministro de Trabajo de 1938 a 1941, quien estimuló y desarrolló la Seguridad Social; Max do Rego Monteiro, dirigente de la Acción Católica Universitaria y Secretario del Ministerio de Trabajo durante la etapa Falcão; Francisco Karam, miembro fundador de los Círculos y autor del proyecto de ley reguladora de los accidentes de trabajo; Moacyr Veloso Cardoso de Oliveira, redactor de «Vozes» y responsable por distintas leyes de protección social etc.

Tan magníficas relaciones entre Iglesia y Estado comienzan a enfriarse desde 1941 cuando el episcopado brasileño cae en la cuenta de que el proyecto corporativista de Getúlio Vargas no coincidía exactamente con el que la Iglesia gustaría de implantar. Por otra parte se abrió un debate en el seno de la intelectualidad católica cuando comenzó a verse claro que los vencedores de la guerra mundial iban a ser las democracias y su aliado ruso. Este debate dividió a intelectuales y eclesiásticos en dos facciones: Una opuesta a todo movimiento de renovación litúrgica o de estudios bíblicos y cuya principal figura, un poco posterior a estos años, sería Plínio Corrêa de Oliveira quien veía en la Revolución (cualquier revolución) el mal per se en la línea que dos décadas antes marcará Jackson de Figueiredo y, como el, en la Historia Contemporánea, un progresivo proceso de satanización del mundo. Este grupo, al que llamaremos conservador, defendía que en la *Sunma Theologica* estaba la solución para

todos los problemas. A la cerrazón doctrinal se añadía la cerrazón política: Consideraban la etapa del Antiguo Régimen como la culminación de la Historia y todo lo que vino después como un retroceso. No es de extrañar que, con estos planteamientos, se llegara a defender una restauración monárquica en moldes medievales.

La otra fracción, a la que llamaremos liberal, que conectaba con el pensamiento de la mayor parte del episcopado y del clero intelectualizado, estaba representado por Amoroso Lima y los colaboradores de «A Ordem» y «Vozes». Defensores de la renovación religiosa utilizaban como punta de lanza a los grupos de la Juventud Universitaria Católica. Para este sector, el descubrimiento de la obra de Maritain resultó un auténtico terremoto pues permitía la elaboración de un pensamiento democrático de inspiración católica que superaba definitivamente el mal entendido entre Religión y Libertad que se arrastraba tragicamente desde el S. XVIII.

Amoroso Lima, Gustavo Corção, Hamilton Nogueira, Barreto Filho y otros se lanzaron a popularizar el ideario mariteniano rompiendo con el catolicismo nostálgico de la Edad Media en el que se refugiaban los conservadores, proyectándose hacia el futuro: Una Edad Nueva y no una Nueva Edad Media como pretendían sus oponentes. Toda una generación de intelectuales católicos quedaría marcada por este paso. Una generación que, dirigida por el propio Amoroso Lima, iría cortando poco a poco amarras con el Estado Novo apuntándose claramente al proceso de redemocratización.

En 1943 escribía Amoroso Lima:

«La próxima victoria de las democracias contra los totalitarismos, colocará nuevamente en el primer plano el problema de la democracia como régimen político. Estamos ya asistiendo a su triunfal reinstauración después de haber creído asistir a sus funerales y entierro. El problema que se nos plantea ahora es saber que especie de Democracia va a prevalecer... Por lo que se refiere al Brasil, necesitamos cultivar el amor a la justicia y volverlo cada vez más vivo en la sociedad. Solo así podremos corregir los males del democratismo mítico que nos legó el siglo pasado sin perder lo que hay de justo en la verdadera democracia como régimen de participación de todas las clases en el gobierno y de la libre manifestación de los derechos de cada uno»<sup>9</sup>

Si en este párrafo todavía parece percibirse cierto aroma sutil anti-liberal, próximo a una concepción «armónica» de la sociedad, cuatro años después el giro que había dado a su pensamiento era tal que casi lo aproximaba a posiciones izquierdistas, llegando a una aceptación parcial de los postulados del socialismo. La evolución que a esta altura estaba experimentando la «intelligent-

<sup>9</sup> A. AMOROSO LIMA, *Mitos do Nosso Tempo*. Livraria José Olympio Ed. Rio de Janeiro, 1943.

sia» católica brasileña era pasmosa si tenemos en cuenta que ya se vivían los comienzos de la guerra fría y que el ambiente político dominante en el país era poco propicio a tales desahogos. En 1947 Amoroso Lima escribía:

«La propiedad no es un fin. Es un medio. Es el medio económico que permite el crecimiento y los derechos de la personalidad humana. La socialización de los medios de producción que no impida el ejercicio racional del derecho de la propiedad familiar y particular nada tiene de incompatible con la doctrina social católica. Incompatible es la supresión del derecho de propiedad familiar y particular con la doctrina que se basa en la independencia y en la dignidad del hombre, de cada hombre. Es para que el hombre no sea explotado como animal o como máquina y si respetado en sus derechos, en su honra, en sus justas aspiraciones al saber, al bienestar, a la libre expresión de su libertad individual, familiar y social, por lo que Cristo está al lado de los trabajadores y no de los capitalistas... El catolicismo social... defiende contra el socialismo las tesis de libertad de acción, de democracia sindical, de la pequeña propiedad agrícola e industrial, del respeto a la conciencia religiosa en las escuelas públicas, de la santidad de la familia y otras por el estilo. Pero trabaja junto al socialismo en el buen combate de la dignificación del trabajo y de la ascensión de las clases trabajadoras al poder político... Como norma de vida económica, como ideal social, como sistema de satisfacción de los derechos del trabajo, la Iglesia y su doctrina social se aproximan mucho más al socialismo no materialista que al capitalismo»<sup>10</sup>

Esta evolución en el pensamiento de Amoroso Lima se explica por la rápida asimilación de las obras renovadoras de los intelectuales católicos europeos. Primero fueron Maritain y Max Scheler, después Teilhard de Chardin, Julián Marías y Danielou, más tarde Congar y hasta el mismo Marx fue asumido en los análisis de interpretación sociológica. Todo ello explica por qué el grupo vinculado al Centro Dom Vital se mantuvo al margen, para luego pasar a la oposición, del golpe de estado de 1964 que instauró una dictadura militar inspirada en los postulados del grupo integrista «Pátria, Família e Propriedade». A esta situación se había llegado desde que en los años veinte Jackson de Figueiredo abriera la caja de los truenos contra todo lo que fuera sospechoso de liberalismo y democratismo.

En resumen: Las consecuencias políticas del apoyo crítico inicial de la Iglesia al Estado Novo y su posterior alejamiento, fueron cruciales en la preparación de las condiciones necesarias para la restauración democrática de 1945. Los intelectuales católicos, en plena comunión con la jerarquía, proporcionaron las bases teóricas para la hegemonía de la burguesía durante el Estado Novo y apoyo crítico para la política de cooperación de clases en el contexto de una ideología nacionalista de predominio burgués.

<sup>10</sup> Ibid.: *O problema do trabalho. Ensaio de filosofia econômica*. Ed. Agir, Rio de Janeiro, 1947.